



Natividad del Señor

Catedral Vieja, 25 de diciembre de 2008

En la segunda lectura de la Misa de Medianoche escuchábamos: *“Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres, enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo. Él se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y para prepararse un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras”*.

En este precioso texto de la carta a Tito se indica lo que nuestra vida está llamada a ser por obra de la gracia de Dios, aparecida en Jesucristo.

La segunda lectura de la Misa de la Aurora presenta otro texto de la misma carta de Tito, de contenido semejante al anterior: *“Ha aparecido la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor al hombre, no por las obras de justicia que hayamos hecho nosotros, sino que según su propia misericordia nos ha salvado, con el baño del segundo nacimiento y con la renovación por el Espíritu Santo... por medio de Jesucristo. Así, justificados por su gracia, somos, en esperanza, herederos de la vida eterna”*.

Sin embargo, todos nosotros experimentamos a diario lo que significa tener muy poca fe, una esperanza demasiado vacilante, un amor muy frío. Comprobamos que muchos impulsos para hacer el bien los vamos dejando olvidados, que tantas promesas ante Dios, ante nosotros mismos y en relación con los demás las dejamos incumplidas. Se apodera de nosotros la indiferencia de forma creciente ante las situaciones de dolor de tantos semejantes, de lejos y de cerca. En ocasiones desearíamos perdonar de corazón, pero lo hacemos sólo exteriormente. Nos gustaría ser sinceros del todo y aparecer como realmente somos, pero somos víctima de nuestros temores y nos lo impiden la vanidad y la soberbia. Admiramos a quien tiene valor y nos plegamos de forma cobarde a las circunstancias. Alabamos el desinterés y no somos capaces de dejar de pensar en nosotros mismos. En nuestros labios está siempre el discurso de la justicia, pero tantas veces no vamos más allá de la reivindicación de nuestros derechos. Desearíamos ser pacientes, pero el genio no nos deja. Querriamos liberarnos de ciertas dependencias de consumo que nos dañan, pero volvemos a dejarnos llevar en cuanto se presenta la ocasión. Nos sentimos impotentes para el bien y nos acomodamos a lo que hacen todos. Amparados en el mal de muchos, aceptamos con resignación y hasta con tranquilidad de conciencia nuestras flaquezas. En pocas palabras: queremos ver y sin embargo estamos ciegos; queremos caminar y nos sentimos paralizados; queremos escuchar, pero nos hacemos los sordos; tenemos como ideal de vida el amor y no somos capaces de vencer el egoísmo. Como decía el Apóstol Pablo: estamos interiormente



divididos y no hacemos el bien que queremos, sino el mal que no queremos. ¿Quién nos librará de esta situación de muerte?

La cultura moderna ha querido resolver estas rupturas del hombre con el recurso a la psicología, a la justicia social y a la ética. Pero ha cerrado toda posibilidad de buscar en la religión y en la relación con Dios el surgimiento del hombre nuevo. El hombre autónomo y mayor de edad tendría que dar respuesta desde sí mismo a estos problemas que le aquejan. Así que se ha perdido el paraíso y se procura que nadie sienta añoranza de él. Hagamos lo que hagamos, si lo hacemos queriéndolo de verdad, todo sería bueno. Se recela de toda verdad que sirva de referencia incondicional para la existencia humana y de la norma que pueda contrariar nuestro deseo. Se iría así a la imposible superación de la tensión eliminando uno de los polos que la originan. Por este camino hemos llegado a la actual cultura del egoísmo, que tiene acaso sus más arraigados impulsos en las idolatrías del dinero y del sexo, y se convierte en cultura de la injusticia contra los pobres y en cultura de la muerte para los no nacidos y los que ya no pueden disfrutar de una vida placentera.

Situados en este horizonte de contraste entre la cultura del egoísmo y el mensaje de la Navidad, permitidme una pregunta: ¿Es posible que respondamos como María con un “hágase en mí” total y sin reservas quienes hemos recibido hoy el anuncio del ángel: “*No temáis, os traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor.*”?

Ya en el Antiguo Testamento estaba expresada la esperanza de la posible obediencia a voluntad de Dios por parte del «Resto santo» del pueblo de Israel. La Alianza de Yahvé con Israel no fue un total fracaso y siempre existió un “Resto santo”, que hizo posible la venida del Redentor. La antigua Alianza condujo a aquella fidelidad a la voluntad de Dios, de la que Lucas dio testimonio en la escena de la Anunciación, cuando María dice: «Aquí está la esclava del Señor, ¡que se cumpla en mí tu palabra!».

La plenitud de gracia de María, que la prepara para ser la digna Madre de Dios, encuentra su sentido dentro de la historia religiosa de Israel. Ella es enteramente obra del Señor; es el «Resto santo», en el cual **la «Antigua Alianza» llega, a pesar de todo, a su fin**. En la noche de las tinieblas del mundo, María nos da a luz la luz más grande: un hijo que lleva por nombre: “*Maravilla de Consejero, Dios guerrero, Padre perpetuo, Príncipe de la paz*”.

Así ha realizado Dios lo que había hablado desde antiguo por sus profetas. “*Ahora, en esta etapa final, Dios nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de su majestad en las alturas*” como primogénito, del que ha dicho: “*Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado*”... “*Adórenlo todos los ángeles de Dios*”. (Hebreos 1, 1-6).



Permitidme reiterar la pregunta anterior en otra forma: ¿Es posible que encontremos hoy en el *“niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”* la señal que Dios nos ofrece de su Amor y la manifestación de su gloria, que trae la paz a los hombres a quienes ama? ¿Seremos en espíritu y en verdad adoradores de este Hijo de Dios, engendrado en su hoy eterno y nacido en esta etapa final de la historia humana como reflejo de la gloria de Dios para iluminar nuestra existencia?

La carta a los Hebreos nos presenta como modelo para nuestra respuesta la actitud del Hijo de Dios al entrar en el mundo. Dice Cristo: *“No has querido sacrificio ni ofrenda, pero me has preparado un cuerpo... Aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”* (Hb 10, 5-7).

El Santo que nace de María como Hijo de Dios es obra del Espíritu Santo, obra del Amor todopoderoso de Dios, para quien nada hay imposible. Este Amor de Dios es Palabra creadora, fuente de la vida y luz de los hombres; se ofrece a los de su casa como carne humana, para hacer hijos de Dios a cuantos la reciben, y ha manifestado en forma humana la gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. De esta Palabra-Amor recibimos todos gracia tras gracia. La Palabra-Amor es el Hijo único del Padre, que nos da a conocer a Dios, al cual nadie había visto. Más aún, quien ve al Hijo, ve al Padre. Porque el Padre y el Hijo son una misma cosa. Por ello, el alimento del Hijo es hacer la voluntad del Padre. Y *“una prueba evidente, dice Jesús, de que el Padre me ha enviado es que realizo la obra que el Padre me encargó llevar a cabo”* (Jn 5, 36).

No se puede acoger la «gracia» de Dios sólo para sí mismo, sino necesariamente para los demás. María es Madre de Jesucristo no para sí misma, sino para que su Hijo nos traiga la gracia y la verdad a nosotros, para nuestra salvación, según el anuncio del ángel del Señor a José: *“Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará al pueblo de los pecados”* (Mt 1,21)

Y Jesús, el Mesías y Señor, nace como Hijo de Dios en carne humana para entregarnos su vida. Según el testimonio de Juan: *“Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él. El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados”* (1 Jn 4, 9-10). En efecto, *“cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley, para liberarnos de la sujeción a la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios. Y la prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba, es decir, Padre. De suerte que ya no eres siervo, sino hijo, y como hijo, también heredero por gracia de Dios”* (Gal 4, 4-7).

De esta manera, María y Jesús son lo contrario del pecado: no para sí mismos, sino para nosotros. Y la Navidad nos llama a vivir en Cristo para los demás.



Carlos López Hernández

Cuando tenemos la humildad de confesar la culpa, y, movidos por el amor recibido de Dios, progresamos en el camino de la conversión permanente, hemos recibido la gracia y la verdad de Jesucristo, y no vivimos para nosotros, sino para Él.

Cuando buscamos el rostro de Jesucristo en el rostro de nuestro prójimo, por ejemplo, en un rostro desfigurado por la angustia, la soledad o la culpa, entonces vivimos en la luz de la verdad y ha aparecido para nosotros la bondad de Dios.

Cuando una enfermedad o desgracia destruye todos los bonitos planes que nos habíamos forjado; cuando nos resultan dolorosos los planes de Dios para nuestra vida y, no obstante, a pesar de todas las tentaciones, seguimos creyendo, esperando y amando, entonces hemos recibido de Jesucristo gracia tras gracia y mostramos que somos sus hijos, porque realizamos la obra que él nos ha encargado llevar a cabo.

Si sentimos la necesidad de la contemplación silenciosa y serena del misterio del niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, entonces la Palabra del Amor de Dios ha comenzado a hacerse carne y a dar frutos de vida en nosotros.

Cuando no podemos guardarnos para nosotros solos la experiencia del amor de Dios y sentimos el impulso de anunciarlo con palabras y con la vida en la libertad del espíritu, que procede del amor, entonces la Palabra de la vida y de la luz ha comenzado a habitar en nosotros.

Cuando estamos más inclinados a creer que a dudar, a tener esperanza más que a cultivar el desaliento; cuando anhelamos que nuestra aceptación mediocre de la voluntad de Dios se convierta en entrega total, que nuestra pereza se cambie en gozosa colaboración, que nuestros miedos y tristezas se disipen con la alegría de compartir los padecimientos de Cristo, entonces somos, con María y Jesús, testigos vivos de la Navidad, y experimentaremos en nosotros que lo estaba a oscuras, ahora está iluminado; que lo estaba paralizado, ahora camina; que lo que estaba enfermo, ahora está sano; que lo que estaba muerto, ahora vive. Y entonces nuestra vida será un canto de la gloria de Dios y de la paz que él regala a quienes ama.